

DEL DIRECTOR

ANFICTIONIA denominaban los antiguos griegos a la confederación de ciudades para propósitos de interés común. Este hermoso concepto, que entraña la integración de esfuerzos y que desde la formación de las repúblicas americanas formó parte del sueño de los libertadores, nunca se ha cumplido del todo en nuestra Región. No obstante, podríamos repetir las palabras que pronunció Miranda en Londres en 1797, al fundar la Gran Logia Americana, en el sentido de que las colonias eran una sola y luchaban por una sola aspiración. Todavía podemos afirmar que nuestros pueblos luchan por una aspiración que tiene significado para todos: el derecho humano fundamental a la vida, la salud y el bienestar. Es, pues, irónico y triste observar que nuestra falta de integración se arraiga en los mismos factores históricos, culturales, económicos y sociales que determinan nuestras similitudes y hermandad.

En el mundo actual es cada vez más evidente la importancia de la anficciónia. Los tratados de libre comercio entre países de diversos continentes indican una tendencia creciente a funcionar en grandes bloques multinacionales que representan tanto ventajas económicas como unidades geográficas y culturales que promueven el desarrollo general. Es obvio que el futuro de América Latina depende de su adaptabilidad a una configuración que permita aprovechar los recursos y posibilidades de cada país para el bien común. Su integración es necesaria, no solo para participar en el ejercicio del poder mundial, sino para crear las condiciones que impulsen el desarrollo y permitan atender las necesidades de la población.

Las iniciativas subregionales de salud emprendidas en los últimos años por países andinos, del Caribe y, especialmente, de Centroamérica muestran que existe un consenso sobre la salud como derecho fundamental de toda la humanidad y que ese consenso constituye un mecanismo singular para el entendimiento y la cooperación entre países. En los resultados logrados localmente y en el respaldo brindado por los países de otras regiones se refleja la fuerza de esa meta global. Esta arma poderosa que los líderes del campo de la salud podemos blandir para el bien es una responsabilidad que trasciende las fronteras nacionales y las del propio sector. Debemos, pues, esforzarnos con renovado brío por afianzar el ímpetu ganado no solo en la contienda contra la enfermedad, sino en la integración solidaria que es esencial para el desarrollo regional. □



Carlyle Guerra de Macedo
OFICINA SANITARIA PANAMERICANA